

abrir las, arrancarlas y tumbarlas, sucediendo lo mismo con los mostradores y cajones, y por último con los balcones, acompañándose todo este estrépito con la feroz algazara y gritería de vivas y muertas, por centenares de bocas de hombres ébrios y enfurecidos. Todo era barullo, confusion y desórden, sin que ningun jefe hubiera cuidado de contenerlo; de suerte que duró toda la noche, la que fué muy borrascosa y terrible, habiendo quedado las calles y las plazas á la absoluta disposicion del populacho, y de los miles de indios que habian entrado en la mañana del mismo 28 de Setiembre» (1).

(1) Liceaga: *Adiciones y Rectificaciones*.

## CAPÍTULO X

Continúa el saqueo en la ciudad y en las haciendas de beneficiar metales pertenecientes á españoles.—El dia 30 da un bando el cura Hidalgo para contener los desórdenes.—Continúan estos y Allende y el cura Hidalgo los reprimen por la fuerza.—Son conducidos á Granaditas los presos españoles.—Generosos sentimientos de los vecinos de Guanajuato hacia ellos.—Hidalgo forma dos regimientos de infantería y da elevados grados en el ejército á varios individuos.—Establece Hidalgo fundición de artillería y una casa de moneda en Guanajuato.

1810 La luz del dia 29 vino á alumbrar los sitios en que se habian verificado las escenas de desórden de la noche anterior, en que habian sido actores los insubordinados indios y la plebe.

Era el cumpleaños del cura Hidalgo.

Los cadáveres de millares de indios y de algunos europeos, asi como de la tropa, se hallaban insepultos en los

mismos sitios en que habian recibido la muerte durante el combate. Casi todos fueron conducidos al templo de San Roque, y su crecido número hizo subir de una manera visible el nivel del cementerio, que fué el lugar en que se enterraron.

No terminaron las escenas de desolacion y de desorden con la aparicion del astro principal. El saqueo seguia, acompañado de los mismos feroces gritos y de los vivas y mueras con que habia empezado. Pero no quiero ser yo el que relate esos hechos que tenian comprimidas á las familias de los españoles y á no pocas de las principales del país. Quiero dejar la pintura de esas lamentables escenas á la bien cortada pluma del historiador mejicano D. Lucas Alaman, no solo por el respeto que cansagro á su saber y porque presencié los acontecimientos, sino tambien por la verdad con que están referidas. Que el cuadro que presenta es la imágen bien trazada de lo que pasó, lo confiesa el sincero escritor, tambien mejicano, D. José María Liceaga en sus *Adiciones y Rectificaciones*. El, lo mismo que Alaman, se halló en aquellos momentos en Guanajuato, y no obstante las justas observaciones que hace al segundo en algunos puntos para esclarecerlos, confiesa «que en la relación extensa del saqueo, todo lo que dice es exacto (1).» En esta virtud seria un mal para el lector que yo me empeñase en

(1) «Se encuentra la relación extensa de dicho saqueo; y como toda ella sea exacta, tan solo para su mayor y mas amplio conocimiento, llamaré la atencion acerca de algunas circunstancias.» (Liceaga: *Adiciones y Rectificaciones á la Hist. de Méj. de Alaman.*)

presentarle la descripcion de los hechos, valiéndome de mi pluma, privándole de verlos trazados por el diestro pincel de un excelente escritor. He aquí la relacion de los acontecimientos referentes al saqueo, hecho por don Lucas Alaman.

1810      «El dia 29, en que el cura Hidalgo celebraba sus dias;» dice, «Guanajuato presentaba el mas lamentable aspecto de desorden, ruina y desolacion. La plaza y las calles estaban llenas de fragmentos de muebles, de restos de los efectos sacados de las tiendas, de licores derramados, despues de haber bebido el pueblo hasta la saciedad: éste se abandonaba á todo género de excesos, y los indios de Hidalgo presentaban las mas extrañas figuras, vistiéndose sobre su traje propio, la ropa que habian sacado de las casas de los europeos, entre la que habia uniformes de regidores, con cuyas casacas bordadas y sombreros armados, se engalanaban aquellos, llevándolos con los piés descalzos, y en el mas completo estado de embriaguez.

»El pillaje no se limitó á las casas y tiendas de los europeos en la ciudad; lo mismo se verificó en las de las minas, y el saqueo se hizo extensivo á las haciendas de beneficiar metales. La plebe de Guanajuato, despues de haber dado muerte en la alhóndiga á aquellos hombres industriosos, que en estos establecimientos le proporcionaba ganar su sustento con los considerables jornales que en ellos se pagaban, arruinó los establecimientos mismos, dando un golpe de muerte al ramo de la minería, fuente de la riqueza, no solo de aquella ciudad, sino de toda la provincia. En toda esta ruina

iban envueltos tambien los mejicanos, por las relaciones de negocios que tenian con los españoles, especialmente en el giro de beneficio de metales, para el cual algunas casas de banco de aquellos, adelantaban fondos con un descuento en el valor de la plata que en pago recibian, segun las reglas establecidas en la ordenanza de minería, para avios á precio de plata (1).»

1810. «Quiso Hidalgo hacer cesar tanto desórden; Setiembre. para lo que publicó un bando el domingo 30 de Setiembre; pero no solo no fué obedecido sino que no habiendo quedado nada en las casas y en las tiendas, la plebe habia comenzado á arrancar los enverjados de fierro de los balcones, y estaba empeñada en entrar en algunas casas de mejicanos, en que se le habia dicho que habia ocultos efectos pertenecientes á los europeos. Una de las que se hallaban amenazadas de este riesgo era la de mi familia, en cuyos bajos estaba la tienda de un español, muerto en la noria de Dolores, llamado D. José Posadas, que aunque habia sido ya saqueada, un cargador, de la confianza de Posadas, dió aviso de que en un patio interior habia una bodega con efectos y dinero que él mismo habia metido. Muy difícil fué contener á la plebe, que por el entresuelo habia penetrado hasta el descanso de la escalera, corriendo yo mismo no poco peligro, por haberme creído europeo (2). En este conflicto mi madre resol-

(1) «Este era, dice en una nota el Sr. Alaman, el giro principal de mi casa y el de otras muchas de la ciudad, y como el premio del dinero era muy moderado, fué lo que mas contribuyó al progreso de la minería de Guanajuato.»

(2) «Una porcion de indios,» dice el mismo D. Lucas Alaman, «echó mano

vió ir á ver al cura Hidalgo, con quien tenia antiguas relaciones de amistad, y yo le acompañé. Grande era para una persona decentemente vestida, el riesgo de atravesar las calles por entre una muchedumbre embriagada de furor y licores: llegamos, sin embargo, sin accidente hasta el cuartel del regimiento del Príncipe, en el que, como antes se dijo, estaba alojado Hidalgo. Encontramos á éste en una pieza llena de gente de todas clases: habia en un rincon una porcion considerable de barras de plata, recogidas de la alhóndiga y manchadas todavía con sangre; en otro una cantidad de lanzas, y arrimado á la pared y suspendido de una de éstas, el cuadro con la imagen de Guadalupe, que servia de enseña á la empresa.

1810. El cura estaba sentado en su catre de ca-  
Setiembre. mino, con una mesa pequeña delante, con su traje ordinario, y sobre la chaqueta un tahalí morado, que parecia ser algun pedazo de estola de aquel color. Recibiéonos con agrado, aseguró á mi madre de su antigua amistad, é impuesto de lo que se temia en la casa, nos dió una escolta, mandada por un arriero vecino del rancho del Cacalote, inmediato á Salvatierra, llamado Ignacio Centeno, á quien habia hecho capitán, y al cual dió orden de defender mi casa, y custodiar los efectos de la propiedad de Posadas, haciéndolos llevar cuando se pudiese al alojamiento de Hidalgo, pues los destinaba para gastos de su ejército. Centeno, teniendo por imposible

de mi en el descanso de la escalera de mi casa y me sacaba por el entresuelo que comunicaba con él, cuando los criados y algunos de la plebe de Guanajuato que me conocian les hicieron que me dejasen en libertad.»

contener el tumulto que iba en aumento, pues se reunia á cada instante mas y mas gente empeñada en entrar á saquear, dió aviso con uno de sus soldados á Hidalgo, el cual creyó necesaria su presencia para contener el desórden que no habia bastado á refrenar el bando publicado, y se dirigió á caballo á la plaza, donde mi casa estaba, acompañado de los demás generales (1). Llevaba al frente el cuadro de la imágen de Guadalupe, con un indio á pié que tocaba un tambor: seguian porcion de hombres del campo á caballo con algunos dragones de la Reina en dos líneas, y presidia esta especie de procesion, el cura con los generales, vestidos éstos con chaquetas, como usaban en las poblaciones pequeñas los oficiales de los cuerpos de milicias, y en lugar de las divisas de los empleos que tenian en el regimiento de la Reina, se habian puesto en las presillas de las charreteras unos cordones de plata con borlas, como sin duda habian visto en algunas estampas que usan los edecanes de los generales franceses; todos llevaban en el sombrero la estampa de la Virgen de Guadalupe. Llegada la comision al paraje donde estaba el mayor peloton de gente, delante de la tienda de Posadas (2), se le dió órden al pueblo para

1810.  
Setiembre.

(1) Esta casa está en la cuesta del Marqués en la plaza, frente al palacio del Estado. Ha pertenecido despues á la compañía anglo-mejicana de minas, que tuvo en contrato la casa de mineria de Guanajuato, la cual la vendió despues á un vecino de aquella ciudad.

(2) Esta tienda era la última de la calle hácia abajo. Alaman dice que él vió toda esta escena desde un balcon situado sobre la tienda misma, á cuya puerta se presentaba.

que se retirase, y no obedeciéndola, Allende quiso apartarlo de las puertas de la tienda, metiéndose entre la muchedumbre: el enlosado de la acera forma allí un declive bastante pendiente, y cubierto entonces con todo género de suciedades, estaba muy resbaladizo. Allende cayó con el caballo, y haciendo que éste se levantase, lleno de ira, sacó la espada y empezó á dar con ella sobre la plebe que huyó despavorida, habiendo quedado un hombre gravemente herido. Siguió Hidalgo recorriendo la plaza y mandó hacer fuego sobre los que estaban arrancando los balcones de las casas, con lo que la multitud se fué disipando, quedando por algun tiempo grandes grupos, en los que se vendian á vil precio los efectos sacados en el botín.»

Contenidos los actos de pillaje de la multitud, el cura Hidalgo hizo que se reservase para aumentar los fondos de la tesorería del ejército todo lo que se habia salvado de las manos de la plebe. El capitán Centeno, que se habia quedado por algunos dias con una corta fuerza en la casa del señor Alaman, hizo sacar los efectos y dinero pertenecientes á Posadas, que estaban en la bodega interior, cuyo valor ascendería á cuarenta mil duros, y todo lo envió al cuartel de caballería. Centeno era un hombre sencillo y honrado que apreciaba íntimamente á Hidalgo, y sus intentos, segun expresion suya, eran «ir á Méjico á poner en su trono al Sr. Cura, y con el premio que éste le diese por sus servicios, volverse á trabajar al campo.»

1810.  
Setiembre.

Lo acontecido con los intereses que dejó Posadas, sucedió con los de otros muchos,

pues aunque es cierto que hubo criados sumamente fieles que ayudaron á salvar algunos restos de los caudales de sus amos, no faltaron otros que, haciendo traicion á la confianza depositada en ellos, denunciaron los parajes en que habian ocultado dinero y alhajas. Uno de esos criados desleales fué el de D. Bernabé Bustamante que siempre le habia colmado de favores. Teniendo una ciega confianza en él, hizo que le ayudase á arrojar á un aligibe de la casa una cantidad de dinero y barras de plata; operacion en que tambien se ocuparon los hijos del señor Bustamante y que, como su padre, tenian entera confianza en el antiguo criado. Faltando á la lealtad, lo denunció todo, y el cura Hidalgo mandó vaciar el agua y sacar el tesoro. La cantidad que se cogió en dinero ascendia á cuarenta mil duros; las barras de plata pasaban de treinta, y todo hacia una suma de setenta y seis mil trescientos duros. Los hijos de Bustamante que eran del país, se presentaron á Hidalgo, diciendo que aquel era patrimonio de ellos mas bien que propiedad de su padre; pero únicamente alcanzaron que se les volviese algunos muebles de poco valor, pues respecto á las barras de plata y dinero, se les dijo que se les pagaria cuando se hubiese dado feliz cima á la empresa de emancipación.

1810. En el mismo dia 30 se trasladaron á Granada Setiembre. á los españoles sacados de Dolores y de San Miguel, que habian quedado custodiados en la hacienda de Burras. Respecto de los hechos prisioneros, que todos estaban en la cárcel, se dispuso que los que ya estaban sanos ó levemente heridos, se pasaran al cuartel de caballería, y los que aun estaban de gravedad se lle-

vasen á la alhóndiga; de cuya disposicion se exceptuaron algunos, que por empeños de sus familias ó amigos respetables del país lograron que se les permitiese curar en sus casas. Algunos de los que habian sido llevados á la cárcel heridos, la tarde del combate, murieron en ella, pues pasaron toda la noche sin que les diesen alimento ninguno, ni les curasen sus heridas. A los españoles que habian sido aprehendidos en sus casas y no habian tomado las armas para resistir al ejército independiente, les dejó en libertad, con la condicion de que otorgasen una escritura, comprometiéndose á no tomar las armas contra la independenciam, bajo la pena de perder la vida si no cumplian (1). Respecto de los españoles eclesiásticos del clero secular y regular, dispuso Hidalgo que disfrutasen de la mas completa libertad, y no se les molestó en lo mas leve. Tambien mandó que quedasen libres todos los americanos que habian sido presos en la alhóndiga, á excepcion del tambór mayor Garrido que denunció la conspiracion, á quien reservaba para hacer con él un ejemplar castigo; pero que, sin embargo, no ejecutó. El número de presos españoles que definitivamente quedó en Granaditas, ascendia á doscientos cuarenta y siete.

1810. Entre los nativos de Guanajuato y los españoles Setiembre. radicados en la ciudad habia reinado siempre la mayor armonía. Sociedad ilustrada, religiosa y honrada, lejos de que mirase con mala prevencion á los europeos, les consagraba sincero aprecio. No existia

(1) El acto del otorgamiento lo presencié el licenciado D. José Maria de Liceaga, segun lo asegura en su obra intitulada *Adiciones y Rectificaciones*.

rivalidad ninguna entre gachupines y criollos. Por el contrario; enlazados unos y otros por las relaciones de franca amistad, de parentesco y de comercio, se consagraban profunda estimacion. La mayor parte de los ricos españoles, estaban casados con mujeres del país y tenían hijos que debían heredar sus riquezas. Los principales vecinos de Guanajuato, llevados del noble afecto que consagraban á varios de los desgraciados europeos que se encontraban sin libertad, sin bienes y en la desgracia, fueron á visitarles, llevándoles auxilios y consuelos que dulcificasen sus penas, y á solicitar de Hidalgo que les mirase con indulgencia. Se distinguieron en esos actos de filantropía en favor de los que todo lo habían perdido en breves horas, las señoras D.<sup>a</sup> Josefa y D.<sup>a</sup> Francisca Irizar. Ambas, llenas de esa cristiana piedad que atesora el alma de las mejicanas, enviaron á los presos que habían sido despojados hasta de sus vestidos, toda la ropa útil de sus hermanos y cuanta pudieron adquirir de otras familias.

1810. Desde el momento que los presos fueron  
Setiembre. colocados en la alhóndiga de Granaditas, se vieron atendidos en todo lo necesario. El cura Hidalgo dispuso que se les enviase diariamente, no solo los alimentos precisos, sino cuanto necesitasen, para que no careciesen de las cosas á que estaban acostumbrados. De varias casas particulares se les enviaba tambien excelente comida y otros auxilios que hacian asomar lágrimas de profunda gratitud á los ojos de los que, en medio de su desgracia, veian que habia corazones tiernos que se compadecian de su suerte. Los españoles que estaban es-

tablecidos en diversos puntos de la provincia, temiendo ser aprehendidos, emigraron á San Luis Potosí, Querétaro, Valladolid y Guadalajara, segun la proximidad á que estaban del sitio en que habia guarnicion del gobierno.

Sabiendo el cura Hidalgo que la viuda del intendente Riaño habia quedado reducida á la miseria, pues habia perdido en la alhóndiga hasta los muebles de su casa y la ropa de su uso, mandó que se le diese una barra de plata, cuyo valor, como tengo dicho, es de mil cien duros. Deseando al mismo tiempo atraer á sus filas á su hijo D. Gilberto Riaño, de cuyas heridas se creyó al principio que sanase, hizo que le propusieran un elevado empleo en el ejército si se adheria á su partido. El pundonoroso jóven suplicó al comisionado del cura Hidalgo que no hablase de aquel asunto, negándose de esta manera á oír la mas leve proposicion. Pocos dias despues, habiéndose aumentado la gravedad de sus heridas, falleció llorado de su familia y de sus amigos, y con pena del mismo Hidalgo.

Calmado un poco el tumulto de la toma y saqueo de la poblacion, el cura Hidalgo alojó á la gente de á caballo, que formaba una importante parte del ejército, en las haciendas saqueadas de beneficiar metales. El estado en que la desenfrenada multitud habia dejado esas haciendas, poco antes llenas de riqueza y de prosperidad, era lamentable y desgarrador. De ellas sacaron la numerosa mulada, la plata-pasta, el azogue en líquido, el maíz, la sal y todos los utensilios para el beneficio de los metales, descompusieron los arrastres y tinas del lavadero para